

2.º Domingo de Pascua C

No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto, y ya ves, vivo por los siglos de los siglos. (Ap 1,17-18)



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 5,12-16

Los apóstoles hacían muchos signos y prodigios en medio del pueblo. Los fieles se reunían de común acuerdo en el pórtico de Salomón; los demás no se atrevían a juntárseles, aunque la gente se hacía lenguas de ellos; más aún, crecía el número de los creyentes, hombres y mujeres, que se adherían al Señor. La gente sacaba los enfermos a la calle, y los ponía en catres y camillas, para que al pasar Pedro, su sombra por lo menos cayera sobre alguno. Mucha gente de los alrededores acudía a Jerusalén llevando enfermos y poseídos de espíritu inmundo, y todos se curaban.

Segunda lectura

Apocalipsis 1,9-11a.12-13.17-19

Yo, Juan, vuestro hermano y compañero en la tribulación, en el reino y en la esperanza en Jesús, estaba desterrado en la isla de Patmos, por haber predicado la palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús. Un domingo caí en éxtasis y oí a mis espaldas una voz potente, como una trompeta, que decía: – Lo que veas escríbelo en un libro, y envíaselo a las siete iglesias de Asia.

Me volví a ver quién me hablaba, y al volverme, vi siete lámparas de oro, y en medio de ellas una figura humana, vestida de larga túnica con un cinturón de oro a la altura del pecho. Al verla, caí a sus pies como muerto. El puso la mano derecha sobre mí y dijo: – No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto, y ya ves, vivo por los siglos de los siglos; y tengo las llaves de la Muerte y del Infierno. Escribe, pues, lo que veas: lo que está sucediendo y lo que ha de suceder más tarde.

Al anochecer de aquel día, el día primero de la semana, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas, por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: – Paz a vosotros.

Y diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: – Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo. Y dicho esto, exhaló su aliento sobre ellos y les dijo: – Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos. Tomás, unos de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: – Hemos visto al Señor.

Pero él les contestó: – Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo.

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: – Paz a vosotros.

Luego dijo a Tomás: – Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente.

Contestó Tomás: – ¡Señor mío y Dios mío!

Jesús le dijo: – ¿Porque me has visto has creído? Dichosos los que crean sin haber visto.

Muchos otros signos, que no están escritos en este libro, hizo Jesús a la vista de los discípulos.

Estos se han escrito para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su Nombre.

Meditación

La resurrección es un acontecimiento estrictamente sobrenatural. Nada tiene de particular que no todos los discípulos estuviesen convencidos de ella. Juan nos ofrece un ejemplo concreto, el de Tomás, que se convierte en el paradigma del que exige pruebas evidentes para creer. ¿No es una paradoja? Al menos en el cuarto evangelio sí lo es.

Modelo de incredulidad y de fe. Es la confesión más adecuada de la fe, que encontramos en el cuarto evangelio: "Señor mío y Dios mío". El Antiguo Testamento reservaba estos dos títulos a Yahveh. En esta confesión de la fe que hace Tomás, el lector del evangelio comprenderá la peculiar relación de Jesús con el Padre. La confesión de fe de Tomás es la auténtica confesión de fe del creyente. Y los creyentes lo hacen sin las exigencias de pruebas evidentes. Por eso Jesús les declara bienaventurados.

Cristo, el Resucitado, está entre nosotros. Acompaña, con su poder, la marcha de la historia. El Señor está presente en la comunidad de los creyentes, en la Palabra de Dios, en el servicio fraternal, en el ministerio y en la Eucaristía. A veces nos falta sensibilidad para detectar esta presencia. Sólo los creyentes descubren al Resucitado. ¿Nos hemos dado cuenta de que está entre nosotros?

La Resurrección prueba su verdad al transformar la vida de los que creen. Transforma en alegría el miedo de los discípulos, en aceptación gozosa la desconfianza cerrada de Tomás y en esperanza confiada la tribulación y el destierro de Juan. También los primeros en creer en Jesús se transforman de tal modo en su obrar, que llamarán poderosamente la atención de cuantos les rodean.